

# PLIEGO

Vida Nueva  
3.205.  
ESPECIAL NAVIDAD  
2020



## La pequeñez de Belén o la grandeza del corazón humano

VÍCTOR HERRERO DE MIGUEL, OFMCap

La Navidad nos atrae como un imán al que no es posible oponer resistencia. Su fuerza nace de la fragilidad herida y preciosa de cuanto se convierte en motivo de celebración. Es su centro la piel recién nacida de un niño que, orillado en los márgenes del mundo y de la historia, se convierte en eje de nuestros corazones. Las páginas que siguen nos llevan, en un viaje poético y muy real, hacia Belén de Judá, un lugar en el que nuestro mundo atribulado y herido puede hallar luz, esperanza y consuelo.



**A**nte la profusión de intentos –gráficos, estadísticas, opiniones de expertos y predicciones matemáticas– que tratan de explicar esta tragedia de incertidumbre, dolor y pérdidas que el virus ha traído a nuestro mundo, el que escribe estas líneas se siente como un ciervo herido al que los veterinarios hidratasen con sueros: él, a pesar del líquido que le suministran, tiene sed de agua.

Sanar con palabras antiguas las dolencias de ahora: este es el efecto que el evangelio nos causa. Lo que en su interior nos espera no son lecciones teóricas, conjuros mágicos ni fáciles recetas, sino la realidad fragmentada de nuestro propio corazón y la posibilidad de que la luz entre a través de cada fractura. Cada una de sus páginas es un regazo. Y hay en cada renglón una farmacia donde el alma recibe consuelo.

La soledad de los que agonizan y el desvelo de quienes los aman, la fatiga de cuantos no dan abasto para paliar el dolor, la cajita de cenizas que se entrega a un hijo que perdió a su madre, el olor a lágrimas de los tanatorios, los cuerpos que no pueden tocarse: todo lo que somos, todos los hilos que cosen nuestras vidas están ovillados en la vida de Jesús. La que nos dice que la vulnerabilidad nos salva, que el sufrimiento no



puede explicarse si no es mediante la propia carne convertida en razón.

En el limen de la Navidad hay que quitarse las sandalias: nadie puede entrar con pie cubierto en este espacio sagrado. Las páginas que siguen son la crónica de un viaje hacia Belén, un lugar orillado en el margen de la historia, muy lejos de donde se toman las grandes decisiones que dan forma al mundo. Descalzos, con el temblor fascinado que suscita la maravilla, iremos recorriendo el interior de los textos que nos hablan de esta pequeña localidad palestina y nos asomaremos a los rostros de quienes, entonces y ahora, habitan dentro de sus muros. Veremos que, más allá del tiempo y la distancia, lo que descubrimos en ellos y lo que sentimos al palpar

nuestras vidas son realidades que brotan de un mismo lugar y que nos empujan hacia la contemplación de un mismo horizonte.

### SÍMBOLOS, POESÍA Y SILENCIO

La verdad de lo que sucedió allí está protegida por la invisibilidad absoluta del misterio. Nada hay en torno a quien mira –ninguna huella de ángel, ninguna línea de un pentagrama celeste– que se convierta en signo, en dedo apuntando a algo. La garantía de que todo lo que allí sucedió es cierto es que, mirando alrededor, parece que nunca ha sucedido nada.

Quien llega a Belén ha de afilar los ojos y combatir con ellos una batalla contra lo evidente. No ha de dejarse deslumbrar por los mármoles que levantó Justiniano. Ha de estar

muy atento para que el ruido no distraiga su corazón. Los sedimentos de historia –basílicas sobre restos de templos que se construyeron sobre cuevas– han de ser atravesados con el mismo tiento con que el ave migratoria cruza latitudes diversas: no es su destino detenerse, su vocación es el tránsito, ir más allá.

El Amor, que nació desnudo en Belén de Judá, eligió arrojarse con símbolos, poesía y silencio.

## TEOLOGÍA EN MEDIO DE LA NADA

La voz de un campesino se convierte en oráculo de Dios:

*Pero tú, Belén de Éfrata,  
pequeña entre las aldeas  
de Judá, de ti sacaré  
el que ha de ser dominador de Israel:  
su origen es antiguo,  
de tiempo inmemorial (Miq 5, 1).*

Este anuncio de **Miqueas** constituye, en el corazón mismo de la Biblia hebrea, la afirmación de un estilo: el mismo que pidió a **Abraham** que realizara lo imposible, el que partió en dos las aguas del mar Rojo y anegó en ellas el poder del faraón, el que vela su rostro y se desvela por aquellos a los que nadie mira, ese mismo ser que irrumpe donde ninguno espera, elige lo insignificante para colmarlo de sentido.

Las palabras del profeta resuenan en las páginas sagradas como una flauta, un silbido que se impone al resto de la orquesta. Las grandes ciudades de los grandes imperios del mundo antiguo y la propia grandeza de Jerusalén son convertidas en humo por este fuego que arde en lo secreto: Belén de Éfrata, pequeña entre las aldeas de Judá.

Su fuerza brota del extraño gusto que el Dios de los hebreos muestra hacia todo lo ínfimo. Cuando **Saúl** es rechazado como rey y **Samuel** recibe la orden divina de buscar entre los hijos de **Jesé** al que habrá de ser el nuevo ungido, el profeta obedece. La escena –como sucede en no pocos lugares de la Biblia– es una mezcla de trascendencia e ironía, haciéndonos ver los modales terrestres del creador del cielo.

Llegado a Belén, y congregándose en torno al profeta la asamblea de los ancianos, los hijos de **Jesé** van

uno a uno desfilando delante de sus ojos. Primero pasa **Eliah** –*mi dios es padre*–, después **Aminadab** –*mi padre es príncipe*–, a continuación lo hace **Samá** –*el escuchado*– y, viendo Samuel que ninguno de los tres es el favorito de Yahvé, **Jesé** pone ante él a cuatro varones más, en total siete de sus hijos. Ni el significado premonitorio de los nombres ni el valor simbólico del número son llaves que encajen en la cerradura forjada por Dios. Falta uno, un muchacho que es, al mismo tiempo, el menor de todos y el que está fuera de casa, pastoreando el rebaño.

Este doble enunciado que se afirma de **David** –ser el pequeño y estar ausente (1 Sam 16, 11)– es un dato teológico, un rasgo de la personalidad divina. Es, en efecto, un hilo de oro que mantiene cosidas entre sí las páginas de la Escritura: que Dios aborrece la evidencia, que prefiere la insinuación a la prueba, que es un ser delicado. Elijiendo para sí lo último y lo oculto, Dios hace de David –en cuyo nombre se camufla un destino– su elegido. Y Belén se convierte en la cuna del nuevo rey.

Otros trazos del Dios invisible los encontramos en el libro de Ruth, una narración contenida y preciosa, que sucede en su mayor parte en Belén y que conecta la sangre de David con la de una extranjera. La historia es conocida. Una mujer emigrante pierde a su marido y a sus hijos, quedándose sola con sus nueras. Una de ellas regresa con los suyos. La otra une su vida a la de su suegra. Juntas, **Noemí** y **Rut** emprenden el regreso y entran en Belén. Allí, la joven moabita conoce a **Boaz**, a quien, siguiendo los consejos de **Noemí**, seduce y de quien obtiene protección y el que, más adelante, la une a sí en matrimonio. De su amor nacerá **Obed**, el padre de **Jesé**, quien engendrará a David.

Se trata de un relato tan solo en apariencia ingenuo y que está cargado de sentido. No hay en él detalle sin importancia. Por ejemplo, el hecho de que la acción central suceda en los márgenes. Primero, en Moab, al este del mar Muerto, en la actual Jordania, fuera del centro geográfico de la revelación bíblica. A esta meseta con abundante agua y rica en ganadería llega **Noemí** cuando hay hambre en el país, aquí enviuda y pierde a sus hijos y aquí también escucha las

palabras de adhesión humana más hermosas de toda la literatura:

*A donde tú vayas, iré yo;  
donde tú vivas, viviré yo,  
tu pueblo es el mío,  
tu Dios es mi Dios;  
donde tú mueras, allí moriré  
y allí me enterrarán.  
Solo la muerte  
podrá separarnos, y si no,  
que el Señor me castigue  
(Rut 1, 16-17).*

También en Belén la historia se anuda y desanuda en los márgenes. Primero, en las afueras, en los campos de cebada, donde **Rut** espiga el grano y cosecha el amor de **Boaz**; después, en la puerta de la ciudad, lugar que marca la frontera entre lo foráneo y lo de dentro, intersticio en el que se juzga la posibilidad o no de entrar. Todo en el relato conspira a favor de quienes optan por amar. Belén aparece retratada como el lugar en donde se encarna el amor. Y Dios como el casamentero invisible.

*Pero retoñará el tocón de Jesé, de su cepa brotará un vástago (Is 11, 1).* Estas palabras –apertura del gran poema mesiánico del profetismo bíblico– sirven de puente entre la historia de **Noemí** y de **Ruh**, la vida de **David** y el nacimiento de **Jesús**. Así lo interpretaron los autores del Nuevo Testamento, que supieron recoger el caudal de sentido que había llegado hasta ellos, lo derivaron por un nuevo cauce y lo condujeron hasta el mar.

Late en el anuncio de **Isaías** la musicalidad y el misterio que se encuentran en los primeros balbuceos de todos los niños. También el temor que carcome a las madres de que sus hijos, en ese instante en que ellas no los miran, puedan morir. Y la fantasía de las embarazadas, que sienten dentro de ellas una mezcla terrible de alegría y miedo, como vino mezclado con hiel. En las horas nocturnas que transcurren despiertas, las que van a parir imaginan la forma del rostro de sus hijos y recrean la nariz, las mejillas, la extensión de las pestañas, miran sus propios meñiques y se preguntan si los ojos del niño serán del tamaño de la yema de ese dedo.

Es como si la Biblia, cuando el profeta habla, se quedase preñada y durante cientos de páginas gestara en su seno a **Jesús**.



### » ANTROPOLOGÍA QUE NACE DE LOS SÍMBOLOS

Los relatos evangélicos de la infancia hacen de Belén el eje de sueños, búsquedas, huidas, encuentros, tragedias y salvación. **Mateo** y **Lucas**, cada uno conforme a un esquema urdido muy inteligentemente, ubican a los personajes que aparecen en el nacimiento de Jesús en torno a la pequeña localidad de Judá como si fueran abejas que giran alrededor de un panal.

Ambos relatos –situados cada uno en el capítulo segundo de sus respectivos evangelios– ofrecen en conjunto una maravillosa visión de la realidad: son universales como la mirada de un astrónomo y concretos como un ejercicio de cartografía. De hecho, en las pocas páginas que los componen desfilan desde el emperador **Augusto** y el gobernador de Siria hasta unos pastores a los que el acontecimiento sorprende allí, sin olvidar a los magos de Oriente, el monarca **Herodes**, los niños que este asesina, los ángeles del cielo y, escondida tras el escenario, la voz silente de Dios. Y un hombre, una mujer y un niño.

Este repertorio de lo visible y lo invisible hace de Belén el centro de lo real y de lo inédito. Todos entran y salen de aquí impulsados por sus pies, empujados por la fuerza de sus deseos o advertidos en sueños por Dios. Todos juntos constituyen las telas que componen un mosaico de humanidad. Es como si el corazón de todos nosotros, llenando de oxígeno y de sangre nuestros músculos y venas, latiese en las sístoles y diástoles de los corazones de ellos.

Empecemos por el rey del mundo que, cuando Jesús nace, se sienta en un trono de Roma. Lucas, extendiendo su narración hasta el otro lado del Mediterráneo, introduce a Augusto en escena y consigue, de este modo, conectar la historia local que contendrá su texto –la de Jesús de Nazaret (Evangelio) y la de aquellos que lo siguen (Hechos de los Apóstoles)– con la historia del imperio. Aunque se muestra solo de pasada, Augusto aparece como causa eficiente del nacimiento de Jesús en Judá; y el censo al que se alude, como la ocasión para que confluyan aquí el destino del niño y el de aquellos que lo encuentran.

Quien conoce la historia de Roma sabe de la sangre que precedió a la proclamación de Augusto como emperador. Muchos hombres y mujeres, urdidores y víctimas de intrigas, asesinos a sueldo, princesas egipcias, espías de Grecia, filósofos y taumaturgos, muchos sin nombre conocido perdieron su vida para que **Octavio**, el sobrino nieto de César, se convirtiera en Augusto, el venerable, y pudiera gobernar. Sobre muchas cabezas caídas se levantó el escabel del nuevo señor.

Por eso, es un dato rebotante de sentido que sea él, según nos cuenta Lucas, quien en su voluntad de pensar al mundo entero, intervenga remotamente en el nacimiento de Jesús. Varios siglos después, otro emperador sentado en la misma silla venerará al nacido en Belén como al único Dios verdadero.

Está también Herodes, un rey más pequeño pero con mayor influencia en el destino de Jesús, el elegido por

Mateo para que represente el papel de antagonista, el malo del cuento. En su retrato confluyen lo risible –tiembla, como un niño, ante la noticia del niño que acaba de nacer–, lo taimado –se las ingenia para hacer de los magos el cebo que le conduzca hasta Jesús–, y lo cruel –acaba con la vida de los menores de dos años–.

Es un personaje tan extremo, de rasgos tan marcados que, por fuerza, hemos de ver en él un elemento de funcionalidad: Herodes existe para que brille aún más la existencia del Jesús que nos mostrará el evangelio. Frente a su poder criminal, encontramos la imagen del arrodillado que lava los pies; en la otra orilla de sus palabras mendaces, el discurso sobre los pájaros y los lirios; oponiéndose a su mano que mata, el inocente que muere en la cruz.

Si fijamos nuestra mirada en los magos –cuyo potencial alquímico es casi absoluto: transforman en símbolo todo lo que dejan a su paso–, vemos



cómo cruzan el texto siguiendo una estrella y acaban deslumbrados (ellos, que vienen de Oriente) por el sol que es Jesús. Los magos son sabios que todo lo aprenden: el arte de la confianza, el don de convertirse en regalo, la postración que les conduce hacia arriba.

Delante de su figura es necesario recordar que quien intenta salvar históricamente el relato, eliminando su carácter milagroso, destruye su significación. Y es que para comprender cabalmente quiénes son y qué hacen, de dónde vienen y qué astro alumbraba su camino hemos de aceptar, como lugar hermenéutico de referencia, el milagro. Solo así el barro de la lectura se transforma en ave y echa a volar.

Están, por último, los niños, los que hacen con sus muertes que Raquel llore por sus hijos (Mt 2, 18). La matriarca de Israel se deshace en lágrimas ante el sufrimiento causado por la injusticia y la iniquidad. Su desconsuelo es el de Aya, la madre de Yusuf, que cae de la patera y se ahoga en el Mediterráneo. En sus ojos lloran todas las madres. Las vidas de los niños del relato son, como la de Abel, conmemoración y signo, anuncio y absorción del carácter trágico de la historia. El mundo por ellos se transforma en llanto.

Desde que la sangre del hermano de Caín regó los surcos abiertos de la tierra, la vida produce muerte. Caen sin pronunciar palabra, pero su caída se convierte en grito, en antifona que duele. Por eso es justo que su recuerdo aparezca aquí, como pretil que sostiene la narración de la vida de Cristo, como brocal desde el que asomarnos a la profundidad de la existencia sin cubo ni cuerda.

Todos los rostros que se descubren en Belén, desde el laureado César de Roma hasta los nacidos que saltan desde el vientre hasta la tumba, son letras del alfabeto de gloria y de dolor en que se escriben nuestros nombres.

## POÉTICA DE ÁNGELES Y PASTORES

En el versículo octavo del capítulo segundo del evangelio de Lucas, el lector siente que las pupilas le bailan en la órbita de los ojos. Han hallado una música a la que es imposible oponer resistencia. Los que la interpretan conocen los secretos



del suelo y del cielo, pues vigilan los horizontes y el vértice del mundo. Así nos lo narra la delicadeza del texto: “Había unos pastores en la zona que velaban por turnos los rebaños a la intemperie. Un ángel del Señor se les presentó. La gloria del Señor los cercó de resplandor y ellos se aterrorizaron. El ángel les dijo: *–No temáis. Mirad, os doy una buena noticia, una grande alegría para todo el pueblo. Hoy os ha nacido en la ciudad de David el Salvador, el Mesías y Señor. Esto os servirá de señal: Encontraréis un niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.* Al instante, se juntó al ángel una multitud del ejército celeste, que alababan a Dios diciendo: *–¡Gloria a Dios en lo alto y en la tierra paz a los hombres que él ama!*

Cuando los ángeles se marcharon al cielo, los pastores se decían: *–Crucemos hacia Belén, a ver lo que ha sucedido y nos ha comunicado el Señor.* Fueron aprisa y encontraron a María, a José y al niño acostado en el pesebre. Al verlo, les contaron lo que les habían dicho del niño. Y todos los que los que lo oyeron se

asombraban de lo que contaban los pastores. Pero María lo conservaba y meditaba todo en su interior. Los pastores se volvieron glorificando y alabando a Dios por todo lo que habían oído y visto, tal como se lo habían anunciado” (Lc 2, 8-20).

Llegados aquí, los dedos del que traza estas páginas difícilmente permanecen sujetos al teclado: querrían arder, transformarse en brasa, expresar de un modo más sublime la maravilla de cuanto el corazón comprende. Pero atengámonos a lo que un amanuense debe hacer: cifrar en palabras –leves soplos de aire– el silencio sagrado del mundo.

El encuentro de los pastores y los ángeles tiene lugar a la intemperie, que es el único espacio en donde la realidad se deja ver en su centro secreto. Bajo techo, amurallada, protegida por guardias y candados, la realidad escapa de nosotros, adopta otras formas, se oculta. Pero a cielo abierto, en la sala de estar del raso y –más aún– al rayar el alba, la realidad >>

Ángeles y pastores se encuentran en las afueras de Belén, que es el lugar donde Dios quiere hacerse intemperie



» se viste de gala y nos visita. Es por lo que el ángel encuentra a los pastores a la intemperie: lo que les tiene que decir es lo más real de cuanto nunca se haya revelado por medio del lenguaje.

Ser pastor, bien visto, no es tan distinto de ser ángel. De hecho, podríamos incluir a los pastores en los grados celestes, como hicieron los babilonios y los asirios, para quienes el pastor alcanza una significación cósmica. Para ellos, el título de pastor se atribuye al dios lunar Tammuz, que es el mayoral de los rebaños de estrellas, la divinidad de todo lo que brota. Está ligado a Istar (diosa del amor, de la belleza, de la vida y de la fertilidad) y sus encuentros evolucionan como las fases de la luna, con desapariciones y retornos. Cuando oscurece, el dios pastor conduce a las almas a la tierra, las fuerzas cósmicas representan sus rebaños y él, frente a ellas, se revela como el amo supremo.

El simbolismo del pastor implica también un sentido de sabiduría

intuitiva y experimental. Su figura representa la vigilia; su función es un constante ejercicio de vigilancia: está despierto y ve. Por esta razón, los pueblos antiguos lo comparan de igual modo con el sol, que ve todo, y con el rey, que vela por todos. Por otra parte, el pastor simboliza al nómada, al que carece de raíces; representa al alma, que siempre está de paso. Es observador del cielo, del sol, de la luna, de las estrellas. Puede prever el tiempo, discierne los ruidos, discrimina los sonidos diversos. Es un sabio cuya acción surge de contemplar internamente todo lo que acontece fuera.

Ante este rebosamiento de significado, no es extraño que el ángel elija a los pastores: descubre en ellos a unos compañeros de oficio. Desde el espacio opuesto que ocupan –el ángel, el éter; los pastores, el ocre de la tierra–, ambos ven, vigilan y velan. Ambos, además, son seres intermedios: el ángel, entre el cielo

y el mundo; el pastor, entre los hombres y la naturaleza. Por eso ambos se encuentran en las afueras de Belén, que es el lugar donde Dios quiere hacerse intemperie.

Lo que les une es la piel recién nacida de un niño. Ese es, dice el texto griego, el *sêmeion*, la señal. Si abrimos el diccionario, lo que este término significa da lugar a una fiesta del lenguaje, una piscina de globos en donde las palabras, desinhibidas, se ponen a saltar: *huella, signo de los dioses, presagio, maravilla, bandera, sello en un anillo, grito de guerra, marca de nacimiento, prueba, medicina, punto matemático, unidad del tiempo*. Aplíquese cada uno de estos vocablos a la criatura envuelta en pañales y acostada en el pesebre, y se comprenderá mejor el sentido de su nacimiento.

Los ojos del niño son profundos como un pozo y negros como el agua que en lo más hondo se deja entrever. Ante ellos se siente que lo natural es caminar desnudo y que cualquier manto arderá en el fuego. Hay en su mirada el vacío de la mano que se abre para atrapar el aire y la cercanía de un cuchillo que atraviesa la piel. Todas las palabras huyen, frente a él, como pájaros espantados por un trueno. Todo lo que le concierne ha de ser dicho con música.

Por eso, el ángel que habla a los pastores recibe la visita de sus ángeles compañeros y comienzan a cantar. La suya es la melodía más sencilla, el estribillo sin pliegues. Pronuncian once palabras y en siete de ellas cabe el universo. Son las siguientes: *gloria, Dios, alto, tierra, paz, hombres y amor*. Son las palabras esenciales, las que, combinándose, pueden decirlo todo. En ellas está el pensamiento de Occidente y la sabiduría de Oriente, en ellas las aves hacen su nido y los verdecillos se echan a volar. Son palabras sagradas, palabras caídas del cielo, música pura que entonan las liras de los ángeles y abreva a los corderos que cuidan los pastores. Son preciosas como una niña de tres años y precisas como un bisturí.

*Crucemos hacia Belén a ver lo que ha sucedido*. El canto de los ángeles despierta el sueño de los pastores. La palabra se hace camino. Y allá van, transformados en ovejas, pastoreados por su propio anhelo.

## AMOR A TRES QUE EXPANDE EL UNIVERSO

En un ángulo del poliedro que forman los relatos de Mateo y de Lucas, casi fuera de la escena pero siendo el eje oculto de todos los movimientos, están José, María y el niño. Tres trazos de una misma figura, tres nombres para un milagro.

Leídas en su raíz, ambas narraciones nos ofrecen un tratado del amor. Lo hacen siendo fieles al modo en que el amor se revela: con matices, insinuándose, ofreciendo apenas la punta de un hilo. Las palabras e imágenes de los textos son mensajeros que entregan no un significado, sino la posibilidad de que nosotros, receptores de su magia, impliquemos nuestras vidas en el descubrimiento de un sentido que no deja nunca de generar formas profundas de comprensión.

El de Belén es un amor que transforma la sabiduría en búsqueda, la inmovilidad de las certezas en un dinamismo basado en la intuición. Lo vemos en los magos y en su seguimiento de la estrella, que les enseña a mirar al cielo para moverse por el suelo y les exige comprender los misterios de la tierra para alcanzar los celestes. El poder de los magos –son augures, astrónomos, lectores de lo sagrado– se autentifica en su capacidad de dependencia, pues necesitan, para llegar al niño, no solamente la luz del astro, sino la presencia de cuantos –desde Oriente hasta Belén– les dan pan, agua y amparo.

De sus arquetapas salen los tres dones que nos enseñan que el amor es un tesoro guardado con celo y que al final se entrega. Hasta que el oro, el incienso y la mirra reposan a los pies del niño, ¿cuántas fronteras han atravesado, cuántas noches de tormenta, qué caminos imposibles ha desbrozado el amor? No es la materialidad de los bienes lo que determina su valía, sino la acción franciscana que ejercen sobre los magos: volcados a dar lo mejor que poseen, descubren –cuando los posan delante del niño– la gracia de no ser dueño de nada, la pobreza feliz de un recién nacido que lo colma todo con su pequeñez.

Mateo nos dice que, cuando la estrella se detiene sobre el lugar donde duerme Jesús, los magos se llenan de un gozo inmenso. Y que, al entrar y ver al niño con su madre, se echan al

suelo. Descubrimos en la conjunción de tres elementos otra maravilla de este amor. Se trata de la verticalidad del astro, de los cuerpos tumbados y de la alegría que se columpia entre ambos puntos del espacio. Todo amante capta el vínculo que la dicha crea entre lo alto y lo bajo. Todo el que ama experimenta que el amor nos comba, que nada sabe de amor quien no acaba cuerpo a tierra. Es el amor herido que atiende a su madre enferma, que sostiene la cabeza del marido mientras vomita en el baño, el amor de cuidados intensivos, el que saca del mar el cadáver del inmigrante, el amor más alto: el que ama cuando repta.

El enemigo de Herodes, el púgil invisible que protege al amor, son los sueños. Los que sueña José –*Levántate, toma al niño y a la madre, huye a Egipto y quédate allí hasta que te avise* (Mt 2, 13)– y los que tienen los

magos: *Advertidos por un sueño que no volvieran a casa de Herodes, por otro camino regresaron a su tierra* (Mt 2, 12). Que un sueño sea la defensa del amor dice mucho acerca de su fragilidad indestructible. Puñal de aire, el sueño de los magos es más incisivo que el ejército de un rey; útero de viento, el sueño ampara a un hombre, una mujer y un niño, y gesta una nueva vida mientras el poderoso ansía matarlos. El sueño equivale al amor, pues ambos son un mundo verdadero dentro del mundo que da vueltas.

Lucas dice que Jesús nace en el pesebre porque no hay sitio en la posada, y Mateo añade que, para escapar de Herodes, la familia viaja a Egipto y, muerto el rey, marcha a Galilea. Vemos aquí un amor indigente, un amor prófugo y un amor en una tierra nueva. Estas tres notas constituyen una medición exacta de la profundidad del ser, un

»



## LA PEQUEÑEZ DE BELÉN O LA GRANDEZA DEL CORAZÓN HUMANO

» batiscafo con el que exploramos lo hondo de la vida. Son también tres etapas de un camino. Al inicio, no somos ni tenemos nada; después, hemos de perder lo que tenemos para salvar lo que somos; al final, necesitamos siempre la aventura de la incerteza. De esta forma –sin techo, huyendo y en lo inédito–, es como el amor sobrevive y nos salva.

Los balidos de las ovejas se acompañan con las liras del cielo. El amor de Belén transforma el paisaje en melodía, sobre lo cotidiano cae la belleza como un granizo en verano. En el encuentro de los ángeles y los pastores el evangelio se proclama en las alas y en las pezuñas, en lo intangible y en lo corporal. Es aquí donde el amor se hace música y permite ser tarareado.

### LAS FIGURAS DEL PORTAL

Escribo estas páginas sobre Belén desde muy lejos, pero siento, moviéndome entre las líneas de los relatos, que estoy de nuevo allí, en esa pequeña ciudad a la que he ido tantas veces. Cierro los ojos y reconstruyo fácilmente el camino: la parada del bus en Jerusalén, la segunda salida en la rotonda, los descampados, la llegada al *check point*. Atravieso los controles, muestro el pasaporte, respondo a las preguntas, siento el peso de sentirme observado, comienzo a andar y llego a Beit Sahur. Si me concentro, huelo el zaatar que unos hombres echan a la carne. Cojo un taxi donde lo he cogido en muchas ocasiones y me deja en la plaza, al lado de la Basílica, me descalzo para entrar, bajo a la gruta y veo –la mayor de las alturas de este mundo– la estrella que brilla en el suelo. Saboreo lo que dice el latín: *Hic de Virgine Maria Jesus Christus natus est*.

Escribo estas palabras confinado, en el quinto día de una cuarentena de tan solo diez, en este año al que le quedan ya unos pocos soplos. Metido en mi habitación –que es espaciosa, que está llena de luz–, sueño con la angostura de Belén, imagino los recovecos sombríos de esta ciudad donde la historia ha querido proteger la decisión de Dios de hacerse carne. Belén, insignificante entonces y pobre ahora.

Conozco a muchos habitantes de la ciudad donde nació Jesús. **Tarek**, por ejemplo, que estudió Medicina



en Jordania y recibió una beca para especializarse en oncología en París, y que trabaja, ahora, en un hospital donde hace de todo. **Sahar**, que significa *amanecer*, y que cada mañana enseña a niños el nombre de las letras, el valor de los números, las propiedades de los árboles. Saliendo de la ciudad, cerca ya de la antigua fortaleza de Herodes el Grande, vive **Farid**, solo, a sus más de 90 años. Tras luchar en la guerra, se hizo un hombre de paz y asumió como un héroe las pérdidas y las derrotas, las humillaciones que nunca consiguieron rebajar la dignidad de quien nació rico y acabó viviendo de la limosna.

Ellos son algunas de las figuras del portal que este Belén herido nos muestra. Están también **Halima**, **Zaid**, **Dalia**, **Falak**, **Myriam** o **Daniel**. Sus vidas son pequeñas y transcurren confinadas dentro del muro de la vergüenza, el que hace que los que viven aquí y trabajan en Jerusalén tengan que desangrarse cada día en horas de rabia y espera, el que les separa de sus familiares de Hebrón, el que les dificulta el acceso a las medicinas y les mantiene encerrados como si la vida fuera un zoológico y ellos las bestias.

No hay puentes de madera, ni molinos de agua, ni la fragua de un herrero; no ríela la luna sobre ríos de plata ni ata al yugo sus bueyes un anciano encantador; el rocío no hisopea sobre el musgo; no se escuchan villancicos al meter por una ranura un euro. El Belén de ahora, al que llegas siguiendo las indicaciones de Google Maps, es de una crudeza que a no pocos espanta, pues en sus calles hay drogas, se cometen violaciones, un hombre asesta en el pecho de otro una puñalada mortal, el nombre de Dios se pronuncia

en muchas lenguas y en muchas lenguas también se blasfema.

Y se ama también. Dos ancianos pasean de la mano. Un monje griego cuida con cariño un rosal. Cuando ya es de noche, las canciones de las mujeres que se sientan juntas en el parque perfuman el aire con su alegría. Y esa limpieza lo inunda todo. En un puesto de libros, los versos de **Mahmud Darwish** imantan hace años a un estudiante español y se los lleva con él y ahora, cuando escribe estas páginas, mira la foto de la portada, siente la cercanía del poeta y recuerda el rostro del hombre que se lo descubrió en Belén. Alguien, en la soledad de una capilla, convierte su cuerpo en plegaria.

### EL CENTRO DEL MUNDO

El Belén de la Biblia y el Belén de ahora son el mismo. Bajo el arco que ambos crean, caminan David, los filisteos, **Roboán**, el séquito de los magos, los soldados de Herodes, la sonrisa de María, el emperador **Adriano**, **Orígenes** y **Eusebio**, san **Jerónimo** y santa **Paula**, Justiniano, los persas y los cruzados, las hordas de mamelucos, el fuego de los incendios, el temblor de terremotos, **Charles de Foucauld**, las balas del ejército israelí y los proyectiles de los palestinos, la cuerda blanca sobre el hábito franciscano.

No hay en Belén ninguna piedra que, como en Delfos o en Jerusalén, localice en esta pequeña ciudad de Judá el centro exacto del mundo. Y, sin embargo, ningún lugar de la tierra asume tan plenamente el flujo de nuestras vidas. Será por su marginalidad, que es el espacio necesario para albergarnos a todos. O por su insignificancia, que es el templo donde habita la santidad que somos cada uno. ●